

REMEMORANDO *LA JUNGLA* (1906)¹

Pocas novelas han tenido el impacto de *La Jungla*, la historia épica de Upton Sinclair sobre las penurias de una familia obrera lituana en el barrio Union Stock Yards de Chicago. Se vendieron veinticinco mil copias del libro en pocas semanas y se ha traducido al menos a diecisiete lenguas. Actualmente contamos con más de veinte ediciones en lengua inglesa, algunas en soporte digital y de audio. Las universidades de los Estados Unidos y otros países usan normalmente las ediciones anotadas en sus clases de historia. De ahí que legiones de estudiantes conozcan el libro y las ideas que exalta aunque no siempre sepamos qué conclusiones sacan de ellas. *La Jungla* ha inspirado a intelectuales, artistas y activistas del mundo entero: a Nadine Gordimer, el escritor sudafricano y activista contra el *apartheid*, a dramaturgos socialistas como Bertold Brecht y George Bernard Shaw o a la activista social católica Dorothy May. Sindicalistas y socialistas radicales suelen mencionar la obra en sus memorias cuando narran su conversión a la causa de los trabajadores.

Pero ¿por qué recordamos este libro? ¿Qué mensaje contiene aún hoy para los activistas y los especialistas en la historia del trabajo? En el centenario de su publicación y con un nuevo movimiento de trabajadores inmigrantes en plena fermentación, puede que sea un buen momento para reflexionar sobre el significado de *La jungla*².

* James R. Barrett, Department of History; 309 Gregory Hall; 810 S. Wright Street; Champaign, Illinois 61801 (USA). Correo electrónico: jrbarret@illinois.edu

¹ Mi agradecimiento a Martin Smith por ayudarme en mis investigaciones y a Jenny Barrett por su lectura del texto y sus comentarios.

² La historia de la edición de la novela es complicada. Primero se publicó por entregas en el periódico socialista *Appeal to Reason*. También se publicaron algunos episodios en la revista socialista *One-Hoss Philosophy* a lo largo de 1905. Sinclair tuvo muchos problemas para encontrar un editor y consideró incluso correr él con los gastos de edición antes de firmar con Doubleday, Page & Company. La primera edición apareció a principios de febrero de 1906. Más detalles de la historia editorial de la novela, con una cuidadosa comparación de su versión comercial y socialista, en Upton Sinclair, *The Jungle*, editada con una introducción de Gene De Gruson, Memphis, TN, St. Luke's Press, 1988.

Parece poco probable que la influencia de *La Jungla* se deba a las dotes artísticas de Sinclair. Movido por el inusual deseo de escribir una gran novela americana y dar visibilidad a los trabajadores inmigrantes que producían el alimento de la nación, escribió una extraña combinación de propaganda y literatura. La novela establece un nexo importante entre el naturalismo del siglo XIX y el realismo social de la era de la Depresión, pero no es una obra maestra de la literatura³.

El libro tampoco era tan eficaz como el periodismo sensacionalista. No cabe duda de que *La Jungla* contribuyó a la promulgación, en 1906, de la legislación sobre la inspección de productos cárnicos⁴. El señor Dooley, tabernero y filósofo de salón en el South Side de Finley Peter Dunne concluía:

Desde entonces el presidente, como el resto de nosotros, se ha hecho vegetariano... El congreso decidió abolir todos los días excepto los viernes⁵.

Sin embargo, Sinclair reconocería que no apuntaba a los estómagos de la gente sino a su corazón. Buscaba simpatía hacia los trabajadores inmigrantes y, sobre todo, hacia el socialismo⁶.

Y ahí es donde, en mi opinión, *La Jungla* puede adquirir su máxima importancia para nosotros, como documento de la historia social y denuncia de los costes humanos que ha tenido el capitalismo industrial. ¿Hasta qué punto capta la novela la experiencia histórica de gente, muy similar a los personajes de Sinclair, que vivía en las ciudades industriales de todo el país por aquellos años? Tanto en su evocación de los mataderos de Chicago, esos grandes símbolos del monopolio del capital y el sistema productivo explotador de masas de la nación, como en la descripción que hace de sus implicaciones sociales más allá de los muros de las plantas de envasado en enclaves étnicos densamente poblados de las ciudades industriales de los Estados Unidos, Sinclair fue más preciso de lo que algunos quieren admitir. Captó una realidad social que creemos que los estudiantes deben entender, planteando una cuestión ética en relación al sistema que sigue siendo relevante hoy.

³ Estudios de literatura clásica en A. Kazin, *On Native Grounds: An Interpretation of Modern American Prose Literature*, Nueva York, Reynal y Hitchcock, 1942 y W. Rideout, *The Radical in the United States, 1900-1954: Some Interrelations of Literature and History*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1956. Una relación más reciente en Rabindra Nath Mookerjee, *Art for Social Justice: The Major Novels of Upton Sinclair*, Metuchen, NJ, Scarecrow Press.

⁴ Sobre la historia de la Ley de Inspección de productos cárnicos de 1906 y el papel desempeñado por la novela en la evolución legislativa, una historia más compleja de lo que se ha sugerido, véase J. Braeman, «The Square Deal in Action: A Case Study in the History of "National Police" Power», en J. Braeman (ed.), *Change and Continuity in Twentieth Century America*, Nueva York, Harper y Row, 1966, pp. 42-80; J. H. Young, «The Pig that Fell into de Privy: Upton Sinclair's *The Jungle*»; las enmiendas de 1906 a la legislación sobre la inspección de productos cárnicos, en *Bulletin of the History of Medicine* 59 (1985), pp. 467-480.

⁵ Finley Peter Dunne, «Mr. Dooley on the Food We Eat», *Colliers*, 23 de junio de 1906, pp. 15-16, citado en L. Harris, *Upton Sinclair, American Rebel*, Nueva York, Crowell, 1975, p. 85.

⁶ Upton Sinclair, *Autobiography*, Nueva York, Harcourt, Brace and World, 1962, p. 126. Véase asimismo Ch. Wilson, «The Making of a Best Seller» 1906, *New York Times Book Review*, 22 de diciembre de 1985, 1, 25, 27.

Sinclair describió brillantemente la esencia del lugar de trabajo y lo que sucedía allí. No sólo en términos de su enorme tamaño, velocidad de rayo e implacable eficiencia, sino también en términos de lo que se ve y se huele: «... calle abajo había dos filas de casas de ladrillos y entre ellas media docena de chimeneas... que parecían tocar el cielo y de las que salían media docena de columnas de humo densas, aceitosas y negras como la noche»⁷. Rudyard Kipling también escribió sobre los Union Stocks de Chicago afirmando: «una vez que lo has visto... se te queda grabada la imagen»⁸.

Algunas de las escenas más emocionantes de la novela son descripciones muy detalladas del trabajo en los mataderos Swift's (Sinclair lo denomina Durham's) donde la tradicional habilidad de los carniceros se fragmentaba en 78 tareas rutinarias realizadas por un grupo de 157 hombres. «Sería difícil imaginar otra industria donde la división del trabajo se haya elaborado tan magnífica y microscópicamente», observaba el economista John R. Commons. «Se mata y fragmenta al animal como si fuera un mapa»⁹. Tras el sacrificio, las cabezas de ternera se deslizaban sobre una cinta para su «despiece» por parte de un pequeño ejército de trabajadores no cualificados. El control del proceso pasó de los carniceros a los jefes. «Si hay que sacar más», decía un superintendente, «damos más velocidad a la cinta y los hombres se apresuran para no perder el ritmo»¹⁰. El joven Henry Ford estudió cuidadosamente las «cadenas de desmontaje» y las convirtió en el modelo para la cadena de montaje de sus coches, con lo que eso supuso para los métodos de trabajo en los Estados Unidos durante la mayor parte del siglo xx¹¹.

Sinclair captó el detalle en este destacado proceso recurriendo al más simple de los métodos. Se puso un mono, cogió una tartera y se unió a la marea de carniceros y carniceras que inundaban los Yards. Sus contactos del Partido Socialista le dieron una vuelta y le enseñaron ciertos aspectos de esta forma de trabajo que él habría pasado por alto. Como su héroe Jurgis, Sinclair dio vueltas «con la boca abierta, lleno de asombro»¹². En una época en la que los historiadores del trabajo parecen dar cada vez menos importancia al trabajo en sí, traslada a los lectores su asombro ante unas transformaciones que hicieron época.

¿Y qué hay de los efectos de este maravilloso y racional sistema de producción sobre las familias y comunidades que dependían de él para

⁷ Upton Sinclair, *The Jungle* introducción y notas de James R. Barrett, Urbana IL, University of Illinois Press, 1988, p. 25

⁸ Rudyard Kipling, *From Sea to Sea, Letters of Travel*, 2.ª parte, Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1906, citado en *As Others See Chicago*, Bessie Louise Pierce (ed.), Chicago University Press, Chicago, 1933, p. 257.

⁹ J. R. Commons, «Labor Conditions in Slaughtering and Meat Packing», en *Trade Unionism and Labor Problems*, J.R. Commons (ed.), Boston, Ginn, 1905, p. 224. Un debate más completo sobre la transformación del trabajo en mataderos y envasadoras en James R. Barrett, *Work and Community in the Jungle: Chicago's Packinghouse Workers, 1894-1922*, Urbana, IL, University of Illinois Press, 1987, pp. 20-31.

¹⁰ National Provisioner, 17 de noviembre de 1900, p. 17

¹¹ Henry Ford, *My Life and Work*, Nueva York, Double Day, Page & Company, 1923, p. 81.

¹² Sinclair, *The Jungle*, op. cit., p. 37.

ganarse la vida? La respuesta está en la yuxtaposición de dos comunidades de Chicago que reflejan a la perfección las diferencias sociales del siglo xx. Hyde Park, sede de la Universidad de Chicago, nutría a académicos que propugnaban el estudio sistemático de la sociedad industrial en la misma época en que Sinclair la exploraba en su novela¹³. «Back of the Yards», la comunidad que surgió a la sombra de los mataderos y los corrales, proveyó a la gigantesca industria de fuerza de trabajo, adaptándose al capitalismo del siglo xx encarnado en la industria de carne envasada.

Back of the Yards tenía una tasa de enfermedades contagiosas entre 2,5 y 5 veces mayor que la de Hyde Park. Con las tasas de tuberculosis más elevadas del país, el barrio de Stock Yards también ostentaba el récord en mortalidad infantil. En torno a 1909, uno de cada tres niños moría, siete veces más que en Hyde Park. No hay que ir muy lejos para hallar algo que explique esta carnicería: superpoblación, polución del aire y el agua, verederos al aire libre, enfermedades profesionales contraídas en los mataderos y salas de despiece¹⁴. Puede que el estilo literario de Sinclair no sea muy bueno, o que no hubiera debido aunar las experiencias de muchas familias en la vida de una sola, pero su visión de la vida cotidiana en «Packingtown» se basaba en sus conversaciones con médicos, trabajadores de las casas de inmigrantes e intelectuales y activistas del Partido Socialista que conocían bien el barrio. En 1918 hasta el abogado de los envasadores llegó a la conclusión de que la única solución para la desesperada situación física del barrio era la «destrucción total del distrito. Habría que demoler las casas y quemarlo todo»¹⁵.

Por lo tanto, uno de los logros de la novela es que describe la *experiencia* profesional de la clase trabajadora y las implicaciones sociales de ese sistema basado en los negocios que Sinclair critica en su novela. Muchos de los niños de los Stock Yards que se criaron, como el personaje de Sinclair, el pequeño Antanas, en los prolíficos barrios del Back Yard, no tenían posibilidad alguna de sobrevivir y mucho menos de prosperar como los nacidos en la atmósfera más enrarecida de Hyde Park. Estudiantes de sociología, reformadores de casas de acogida y médicos interesados por la salud pública generaron ríos de estadísticas que demuestran los efectos que tuvo esta industria para la salud pública allí y en comunidades similares. En *La Jungla* nos enfrentamos a la realidad de las clases sociales a escala humana con un sentido de la tragedia del que carecen la mayoría de las historias sociales actuales sobre esa época.

Esto nos lleva al por qué y al cómo recordamos *nosotros*, historiadores del trabajo y activistas, *La Jungla*. Di con el libro a los diecinueve años en un curso de Historia de América impartido en la Universidad de Illinois, Chicago. Empezaba a darme cuenta de que los trabajadores tenían su

¹³ M. Bulmer, *The Chicago School of Sociology: Institutionalization, Diversity and the Rise of Sociological Research*, Chicago, University of Chicago Press, 1984; S. J. Diner, *A City and Its Universities: Public Policy in Chicago, 1892-1919*, Chapel Hill, NC, University of North Carolina Press, 1980.

¹⁴ Barrett, *Work and Community in the Jungle*, pp. 66-73.

¹⁵ *Chicago Tribune*, 6 de marzo de 1918.

propia historia, que había vecindarios, no tan distintos al mío del West Side, que tenían una historia que contar. El implacable relato que hace Sinclair de la destrucción de los trabajadores inmigrantes y sus familias a manos de la «gran industria cárnica» me atrapó e inspiró (un efecto que siempre deseo que el libro tenga sobre mis estudiantes). La vida que da Sinclair a esta experiencia sigue siendo una de las razones fundamentales por las que debemos seguir leyendo *La Jungla*.

Evidentemente no está exenta de problemas pero podemos aprender tanto de lo que Sinclair hizo mal como de lo que hizo bien. Incluso a los 19 años me daba cuenta de que la novela, como gran parte del movimiento de los trabajadores de la época, era básicamente racista. Las únicas descripciones de afroamericanos que contiene el libro, es la de unos esquiroleros que utilizan el lenguaje contemporáneo más crudo, lo que indica lo lejos que estaba el socialismo de la época de las cuestiones raciales. Su papel de ayudantes de los grandes envasadores les despoja de toda humanidad¹⁶. Todos los personajes femeninos, hasta la indómita Marija, son victimistas hasta el punto de que sólo parecen estar esperando que la desgracia se cierna sobre ellas. Como señalara recientemente Kevin Mattson en relación a Jurgis, «prácticamente todas las mujeres de su vida acababan siendo prostitutas...»¹⁷. Hay poco en la novela sobre el papel fundamental que desempeñaron los inmigrantes de color y la segunda generación de inmigrantes, hombres y mujeres, en la creación de los poderosos sindicatos de la industria que transformarían las vidas de la siguiente generación. Poco hay que sugiera que, algún día, esas gentes arruinadas someterían a la gran «industria cárnica», cambiando para siempre la historia de Chicago y de la nación.

Sinclair hubiera visto los indicios si hubiera adoptado el punto de vista de los trabajadores en lugar del de un intelectual socialista. Cuando leí la novela por primera vez me pareció que había algo que no cuadraba en el relato de Sinclair. No sabía explicar muy bien qué era lo que me incomodaba, pero no reconocía a mi barrio en la sordidez que describía, ni a mis amigos y vecinos en los personajes degradados y derrotados de Sinclair. El Back of the Yards real, lejos de ser un antro de degradación moral constaba de más de una docena de parroquias que constituían el núcleo de cada comunidad étnica. Donde Sinclair y los sociólogos sólo veían pobreza y patología social, muchos trabajadores y sus familias hallaron una comunidad de vida y riqueza cultural. Esa gente, como mis vecinos, gozaba del amor y de la belleza a pesar de su pobreza y los riesgos inherentes a su trabajo. Estaban explotados pero no rotos.

Lo que más me atraía de la «nueva historia del trabajo» era el concepto de acción humana, la idea de que eran los trabajadores mismos los que hacían su historia creando sus instituciones y movimientos, sus culturas e ideas. Lo que más me interesó del drama de los Stock Yards, cuando lo elegí como tema de investigación para mi tesis doctoral, no era lo que había destacado Sinclair, la destrucción de esta gente a manos del consorcio cár-

¹⁶ Sinclair, *The Jungle*, *op. cit.*, pp. 259-266.

¹⁷ K. Mattson, «Remember the Jungle!», *The Nation*, 1 de mayo de 2006, p. 30.

nico, sino cómo crearon vidas familiares repletas de vida, ricas culturas religiosas y poderosos movimientos sociales. Me impulsaba esta confirmación de la fuerza del espíritu humano en situaciones tan difíciles. No se puede entender el último brote de poderosos movimientos sociales como el United Packinghouse Workers of America, el sindicato interracial más fuerte y progresista de la era CIO¹⁸, ni el papel del Consejo del Back of the Yards, prototipo de la organización comunitaria de Saul Salinsky, sin documentar la fuente de su espíritu humano y la cultura a la que dio lugar¹⁹.

La industria envasadora de carne dejó Chicago en la década de los sesenta y los Union Stock Yards cerraron sus grandes puertas de piedra en 1971. Back of the Yards sigue siendo una comunidad de inmigrantes empobrecida, aunque hoy la mayoría de la familias sean mejicanas en vez de polacas o lituanas. Los trabajadores de Chicago crearon movimientos sociales tan fuertes que los envasadores, y después otros fabricantes, huyeron de Chicago y otras ciudades industriales veteranas para asentarse en entornos pobremente organizados y trabajar a cambio de salarios muy bajos, en los Estados Unidos y otros lugares del mundo.

Así cerramos el círculo y retomamos los problemas de *La Jungla*. Una nueva generación de inmigrantes se ha hecho cargo del envasado de carne mientras la falta de atención a los problemas de salud, la escasa reglamentación sobre seguridad en el trabajo y la destrucción de la organización sindical han dado lugar a la industria más peligrosa de la economía. De hecho, los problemas de salud que preocupaban a Theodor Roosevelt y a la mayoría de los lectores contemporáneos de *La Jungla* vuelven a estar en el candelero aunque de forma algo diferente²⁰. Como señala Christopher Phelps en la edición más reciente de la novela, la industria de envasados cárnicos vuelve a estar en manos de cuatro grandes corporaciones que contratan a inmigrantes empobrecidos cuyas vidas se caracterizan por la enfermedad, la velocidad y la muerte²¹. Quienes cuestionan el sentido de la unión sindical en las vidas de los trabajadores deberían echar un vistazo a la historia reciente de la industria del envasado cárnico. Roger Horowitz concluye que «los efectos del colapso del sindicalismo industrial se reflejan dolorosamente en salarios cada vez más bajos, en una facturación creciente y el deterioro de las condiciones de trabajo en los talleres²². La novela que parece tan exagerada para algunos lectores, cobra nueva vida ante nuestros ojos, pues la tendencia de las industrias a lo largo y ancho de los Estados Unidos es a aumentar las horas de trabajo, pagar menos, exigir más trabajo y repartir menos beneficios.

¹⁸ La CIO (Congress of Industrial Organizations), surge en 1938 y se une a la AFL (American Federation of Labor) en 1958.

¹⁹ R. Horowitz, *Black and White, Unite and Fight: A Social History of Industrial Unionism in Meat Packing, 1930-1990*, Urbana, IL, University of Illinois Press, 1997; R. A. Slayton, *Back of the Yards: The Making of a Local Democracy*, Chicago, University of Illinois Press, 1986.

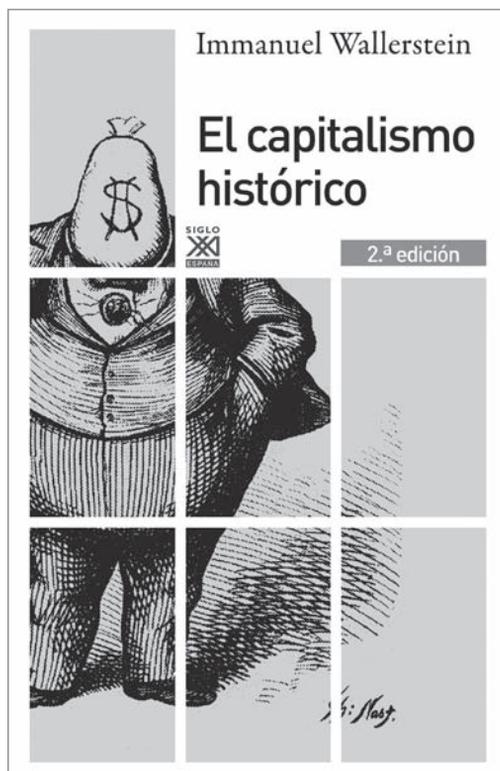
²⁰ E. Schlosser, *Fast Food Nation*, Boston, Houghton Mifflin, 2001.

²¹ C. Phelps, «Introduction» en Upton Sinclair, *The Jungle*, Boston, Bedford/St. Martin's, 2005, pp. 29-32. Véase también T. Horowitz, «The Jungle Revisited», *Wall Street Journal*, 1 de diciembre de 1984, A8, Horowitz, *Black and White, Unite and Fight*, op. cit., pp. 276-279.

²² Horowitz, *Black and White, Unite and Fight*, op. cit., pp. 276.

Sin embargo Sinclair no leyó muchos de los auténticos dramas de la historia humana que se desarrollaban en unas calles de Chicago donde han tenido lugar tantos dramas narrados por novelistas posteriores, representantes del realismo social, como Farrell, Wright, Motley y Algren, ni tampoco los percibió observando las vidas de trabajadores reales²³. Que la acción humana no se agote en medio de la carnicería de *La Jungla*, sugiere que Back of the Yards era más que una barriada y sus gentes algo más que engranajes degradados y desesperanzados de una gran maquinaria industrial. La historia real narrada en *La Jungla* muestra el papel que han desempeñado los trabajadores al afrontar los problemas creados por la industrialización, así como en la transformación de la historia política y social de nuestra sociedad. Son lecciones que no debemos olvidar, ni siquiera en los tristes tiempos que corren.

²³ J. T. Farrell, *Studs Lonigan: A Trilogy*, Nueva York, Vanguard Press, 1935; R. Wright, *Native Son*, Nueva York, Harper and Brothers, 1940; W. Motley, *Knock on any Door*, Nueva York, D. Appleton-Century Company, 1947; N. Algren, *Man With Golden Army*, Garden City, Nueva York, Doubleday, 1949.



En este libro breve y fácil de leer, Immanuel Wallerstein ofrece una condensación de las ideas centrales de su estudio monumental del capitalismo: *El moderno sistema mundial*. Al desarrollar una anatomía del capitalismo a lo largo de los últimos cinco siglos, Wallerstein sigue la huella de aquellos elementos que han cambiado y evolucionado, prestando atención a los rasgos del capitalismo histórico que han permanecido necesariamente constantes.

Immanuel Wallerstein, profesor de Sociología hasta su jubilación en Binghamton University, SUNY –donde dirigió, el Fernand Braudel Center for the Study of Economies, Historical Systems and Civilizations–, ha sido asimismo profesor visitante en universidades de todo el mundo y presidió, durante la década de los noventa, la Gulbenkian Commission on the Restructuring of the Social Sciences.

ISBN 978-84-323-1623-4

Páginas 96

SIGLO
XXI
ESPAÑA

www.sigloxxieditores.com